

La diplomacia médica cubana: breve resumen

El gobierno cubano dice haber enviado desde los años sesenta a más de 400.000 trabajadores de la salud a 164 países como una “colaboración” médica. En marzo de 2020, reportó que más de 28 mil sanitarios cubanos estaban en 59 países de los cuales 18,000 eran médicos. Entre marzo y octubre de 2020, ha enviado a más de 3.000 “internacionalistas” a 39 países afectados por el COVID-19 (algunos ya han regresado a Cuba).

Aunque la “diplomacia de batas blancas” de Cuba se presenta como “altruista,” es una industria multimillonaria del Estado cubano que desde 2005 constituye su mayor fuente de ingresos. Según Cuba, 75% de los trabajadores que exporta son del sector de la salud. Estos son enviados como mercancía por dos o tres años a países cuyos gobiernos entran en contratos con el Estado cubano. A veces el pago proviene de la Organización Panamericana de la Salud, la Organización Mundial de la Salud y/o otros gobiernos. En 2018, las misiones sociales y de salud le generaron al Estado cubano US\$6,4 mil millones, tres veces más que el turismo, y los servicios de apoyo para dichas misiones se estiman en \$975 millones adicionales.

Los trabajadores cubanos deben dejar a sus familias en Cuba y, si abandonan la misión o no desean regresar a Cuba después de completarla, quedan prohibidos de entrar a su país por un mínimo de ocho años. En el extranjero son sometidos por administradores cubanos a muchísimas restricciones reglamentarias y arbitrariedades, vigilancia constante y medidas disciplinarias; en algunos países deben trabajar y/o residir en barrios de alta criminalidad o en zonas remotas y bajo condiciones muy precarias. Muchos han sido víctimas de robo y violación y cientos han muerto. Sin embargo, muchos buscan salir “en misión” para mejorar su frágil economía, ya que en Cuba los médicos solo pueden ser empleados del estado y ganan US\$70 mensuales.

El gobierno anfitrión permite a los cubanos ejercer sin los requisitos usuales de convalidación de títulos a pesar de conocerse que la capacitación de muchos es inadecuada y que los pacientes, usualmente muy pobres, carecen de protecciones adecuadas en caso de mala praxis. También acuerda con Cuba no permitirles ejercer fuera del esquema contractual que le asegura la apropiación de la mayor parte del pago por sus servicios —entre 75 y 95%, porcentaje que varía por país. Muchos trabajadores reciben parte del menguado pago en una cuenta en Cuba a la que solo pueden acceder si regresan a la isla habiendo completado su misión exitosamente. El estado anfitrión también paga a los cubanos estipendios en moneda local, les garantiza alojamiento, atención médica y viajes anuales a Cuba. En algunos países, se paga considerablemente más a Cuba que por los trabajadores nativos. Algunos también tienen suficientes profesionales de la salud, incluyendo médicos, pero traen a los cubanos por razones políticas y para apoyar a Cuba. En ciertos países se ha despedido a médicos locales para reemplazarlos por cubanos. Por otro lado, los resultados de las misiones son cuestionables, ya que los sanitarios cubanos tienen órdenes de alterar las estadísticas sistemáticamente.

El esquema viola el Protocolo sobre la Trata de Personas de 2003, varios convenios de la Organización Internacional del Trabajo, tales con el 29 sobre trabajo forzado y el 95 sobre la protección del salario, y otros acuerdos internacionales. Asimismo, la mascarada humanitaria lacera a la población cubana, ya que los ingresos multimillonarios no se destinan al sector de salud, como aduce el gobierno. En Cuba, hay escasez de médicos y enfermeros y las instalaciones médicas cubanas, cuya mayoría está en condiciones depauperadas, tienen graves limitaciones de equipos y suministros.

La llamada “diplomacia médica” sostiene a la dictadura cubana y su gigantesco aparato de represión, inteligencia y propaganda. Asimismo, Cuba usa las “misiones internacionalistas” para comprar lealtades e influencias políticas, legitimar a la dictadura cubana con campañas propagandísticas, conseguir asistencia, préstamos, inversiones y mercados, así como para obtener inteligencia sobre el estado anfitrión y apalancar agendas políticas e ideológicas de gobiernos aliados e informar sobre la población. En América Latina son un instrumento de expansión del modelo neocomunista “socialismo del siglo 21.”